

- Todo lo contrario, porque me dais excelentes consejos para mi gobierno.  
 — ¿Y los seguiréis?  
 — Lo prometo bajo mi palabra de honor. Economizaré cuarenta sueldos diarios

## XI

## Á MEDIDA DEL DESEO

En esto dijo Rodolfo al cochero, que había pasado la aldea de Sarcelles: — Toma el primer camino á la derecha, atraviesa Villiers-le-Bel, tuerce luego á la izquierda y sigue de frente. — Y volviéndose á la Cantaora continuó:

— Flor de María, ya que vais tan contenta en mi compañía, podríamos divertirnos haciendo castillos en el aire, como decíamos antes. Á lo menos no me echaréis en cara lo que gaste de este modo.

— ¡Oh! por ese gasto no... Vamos, haced vuestro castillo.

— No... primero el vuestro, Flor de María.

— Pues bien; á ver si adivináis el mío, señor Rodolfo.

— Vamos á ver... Supongo que este camino... y digo este porque vamos por él...

— ¿Y para qué buscarlo más lejos?

— Supongo pues que este camino nos conduce á una hermosa aldea, muy distante de la carretera.

— Sí, cuanto más retirada mejor.

— Está situada en una cuestecita y hay árboles entre las casas.

— Y pasa cerquita un riachuelo...

— Ni más ni menos... un riachuelo... Al fin del lugar hay una linda casa de campo: á un lado de la casa hay un palomar y una huerta, y al otro un jardín con muchas flores.

— Y suponemos que es la casa á donde vamos.

— Sin duda.

— ¿Y en donde nos darán leche?

— ¡Como leche! eso no: rica nata y huevos frescos.

— Que cogieramos en el nido nosotros mismos ¿verdad?

— Sin duda.

— ¿É iríamos al establo á ver las vacas?

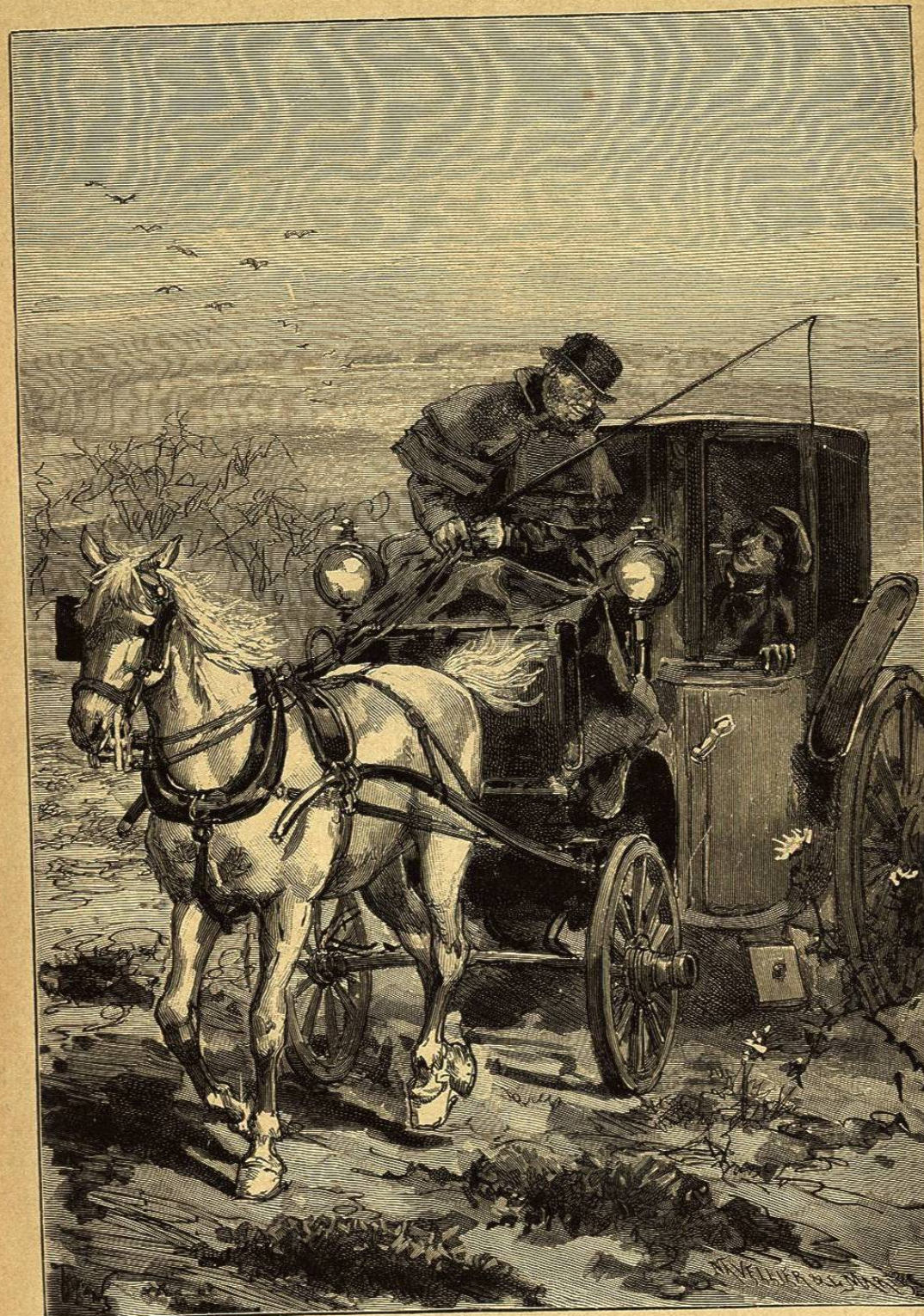
— Seguramente.

— ¿Y también las veríamos ordeñar?

— Es claro.

— ¿Y veríamos el palomar?

— También el palomar.



En esto dijo Rodolfo al cochero...



— ¡Jesús, qué felicidad!

— Pero dejadme acabar de haceros la descripción de la quinta.

— Bueno; seguid.

— En el piso bajo hay una gran cocina para las personas de la quinta y un comedor para la dueña de casa.

— Y la casa tiene persianas verdes... y es tan alegre, ¿no es verdad, señor Rodolfo?

— Vayan las persianas verdes; soy de vuestro parecer... no hay cosa más alegre que las persianas verdes... Como es natural, la dueña de la quinta sería vuestra tía.

— Ya se ve que sí... y una mujer muy guapa.

— Excelente: os amaría como una madre.

— ¡Ay, tía de mi alma!... ¡debe ser tan delicioso el ser amada de alguna persona!...

— ¿Y la amaríais también?

— ¡Oh! — exclamó la Cantaora juntando las manos y alzando los ojos al cielo con una expresión de felicidad imposible de retratar; — ¡Oh, sí! la amaría; y también la ayudaría á trabajar, á coser, á lavar, á guardar las frutas para el invierno; en fin, á todos los quehaceres de la casa... No se quejaría de mí, no, ¡os lo aseguro, señor Rodolfo!... Y por la mañana...

— Esperad, Flor de María, que acabe de pintaros la casa... ¡qué impaciente sois!

— Seguid, seguid, señor Rodolfo: ya se conoce que estáis acostumbrado á pintar lindos países en vuestros abanicos — dijo riendo la Cantaora.

— Pues dejadme acabar mi casa, habladorcilla...

— Sí, es verdad, soy una charlatana... ¡pero estoy tan encantada con eso!... Vamos, señor Rodolfo, ya os escucho; acabad vuestra casa de campo.

— Vuestro cuarto está en el primer piso.

— ¡Mi cuarto! ¡qué gusto! ¡Vaya, veamos mi cuarto! — Y la joven se estrechó contra Rodolfo, mirándole con sus grandes ojos muy abiertos y llenos de curiosidad.

— Vuestro cuarto tiene dos ventanas que dan al jardín de flores y á un prado regado por el riachuelo. Al otro lado del río hay un soto de viejos castaños, en medio de cuyas ramas se ve el campanario de la iglesia.

— ¡Ay, qué sitio tan lindo, señor Rodolfo! ¡Cómo me gustaría verlo!

— Y tres ó cuatro vacas que pacen en el prado, separado del jardín por un seto de zarzas.

— ¿También se ven las vacas desde mi ventana?

— Perfectamente.

— Y una de ellas sería mi favorita ¿no es verdad, señor Rodolfo? La haré



un collar con una campanilla y la acostumbraré á comer en mi mano.

— ¡ Qué más querrá ella ! Es blanca, joven, y se llama Saltarina.

— ¡ Saltarina ! ¡ qué nombre tan lindo ! ¡ Pobre Saltarina mía, cómo la voy á querer !

— Acabemos de arreglar vuestro cuarto, Flor de María : las paredes están cubiertas de una linda tela persiana, y las cortinas son del mismo género : un grande rosal y una enredadera de madreselva cubren el muro de la quinta por el lado de vuestras ventanas, de suerte que sólo con alargar la mano, podéis coger todas las mañanas un ramillete de rosas y de madreselva cubiertas aún de rocío.

— ¡ Dios mío, señor Rodolfo, qué buen pintor sois !

— Veamos ahora como pasaréis el día.

— Vamos á ver.

— En primer lugar vuestra querida tía llega á vuestra cama y os despierta dándoos un tierno beso en la frente : os lleva una taza de leche, porque tenéis el pecho malito ; ¡ pobre niña ! Os levantáis, dais una vuelta por la quinta, visitáis á vuestra Saltarina, á los pollitos, á los pichones, las flores del jardín... Á las nueve llega el maestro que os enseña á escribir.

— ¿ Mi maestro ?

— Ya veis que es preciso aprender á leer, escribir y contar, á fin de ayudar á vuestra tía á llevar los libros de la quinta.

— Es claro, señor Rodolfo ; no se me había ocurrido... es preciso que aprenda á escribir para ayudar á mi tía — dijo muy seria la pobre niña, tan absorta con la pintura de una vida tan halagueña, que creía una realidad.

— Después de vuestra lección veis en qué estado se halla la ropa blanca de la casa, y os ponéis á bordar una cofia de aldeana... Á eso de las dos os ejercitáis un poco en escribir, y luego salís con vuestra tía á dar un paseo, á ver á los segadores en el verano y los labradores en el otoño ; os fatigáis mucho, y volvéis á casa con un puñado de hierba cogido por vuestra mano en el campo, para vuestra querida Saltarina.

— Porque hemos de volver por el prado ¿ no es verdad, señor Rodolfo ?

— Por supuesto : y hay justamente un puente de madera sobre el río. Cuando volvéis son ya las siete ; y como en este tiempo son ya frías las tardes, halláis encendido un fuego resplandeciente en la cocina de la quinta, y os arriamáis á la lumbre á conversar con la buena gente que allí está cenando de vuelta del trabajo. En seguida coméis con vuestra tía, y algunas veces os acompaña á la mesa el señor cura ó un labrador acomodado de la vecindad. Después os ponéis á leer ó á trabajar, mientras que vuestra tía juega un rato á los naipes. Á las diez os da un beso en la frente, subís á vuestro cuarto, y al día siguiente empezáis de nuevo vuestras ocupaciones y entretenimientos.

— De ese modo, señor Rodolfo, cualquiera viviría cien años sin fastidiarse un momento.

— Pero esto no es nada : ¿ Y los domingos, donde los dejáis ? ¿ Y los días de fiesta ?

— ¿ Y qué se hace en esos días, señor Rodolfo ?

— En los días de fiesta os engalanáis, os ponéis un lindo vestido de aldeana y un sombrerillo redondo que os hace más hermosa que un sol ; subís al cabriolé con vuestra tía y Joaquín, que es el criado de la quinta, para ir á la misa mayor de la parroquia : en el verano asistís también con vuestra tía á todas las fiestas de las parroquias vecinas. Sois tan linda, tan amable, tan hacendosa ; vuestra tía os ama tanto y el cura habla tan bien de vuestras cualidades, que todos los labradores jóvenes del contorno desean que bailéis con ellos, porque así es como empiezan siempre los casamientos... Y de este modo vais fijando poco á poco la atención en un buen muchacho... y...

El silencio de la Cantaora llenó de sorpresa á Rodolfo, y la miró.

La infeliz criatura reprimía con indecible fatiga los sollozos... Las palabras de Rodolfo habían deslumbrado por un momento su imaginación ; pero vió por último la realidad, y su contraste con un sueño tan dulce y seductor la presentó de pronto su verdadera situación.

— Flor de María, ¿ qué tenéis ?

— ¡ Ah, señor Rodolfo ! sin querer me habéis hecho mucho mal... he creído por un momento en ese paraíso...

— Pero ese paraíso existe, pobre criatura... ¡ Cochero, para !... Mirad, ahí lo tenéis.

El cochero se detuvo.

La Cantaora levantó maquinalmente la cabeza. Estaba en lo alto de una pequeña colina. ¡ Cuál fué su asombro, su estúpido, al ver la hermosa aldea construída en un declive, la casa de campo, el prado, las hermosas vacas, el riachuelo, el soto de castaños, la torre de la iglesia, el mismo cuadro, en fin, que Rodolfo le había pintado, delante de su vista !... nada faltaba en este cuadro, ni aun la alegre *Saltarina*, blanca y hermosa ternera que debía ser la futura predilecta de la Cantaora... Un hermoso sol de otoño iluminaba este delicioso paisaje... Las hojas amarillas y color de púrpura de los castaños se mezclaban con el azul del cielo.

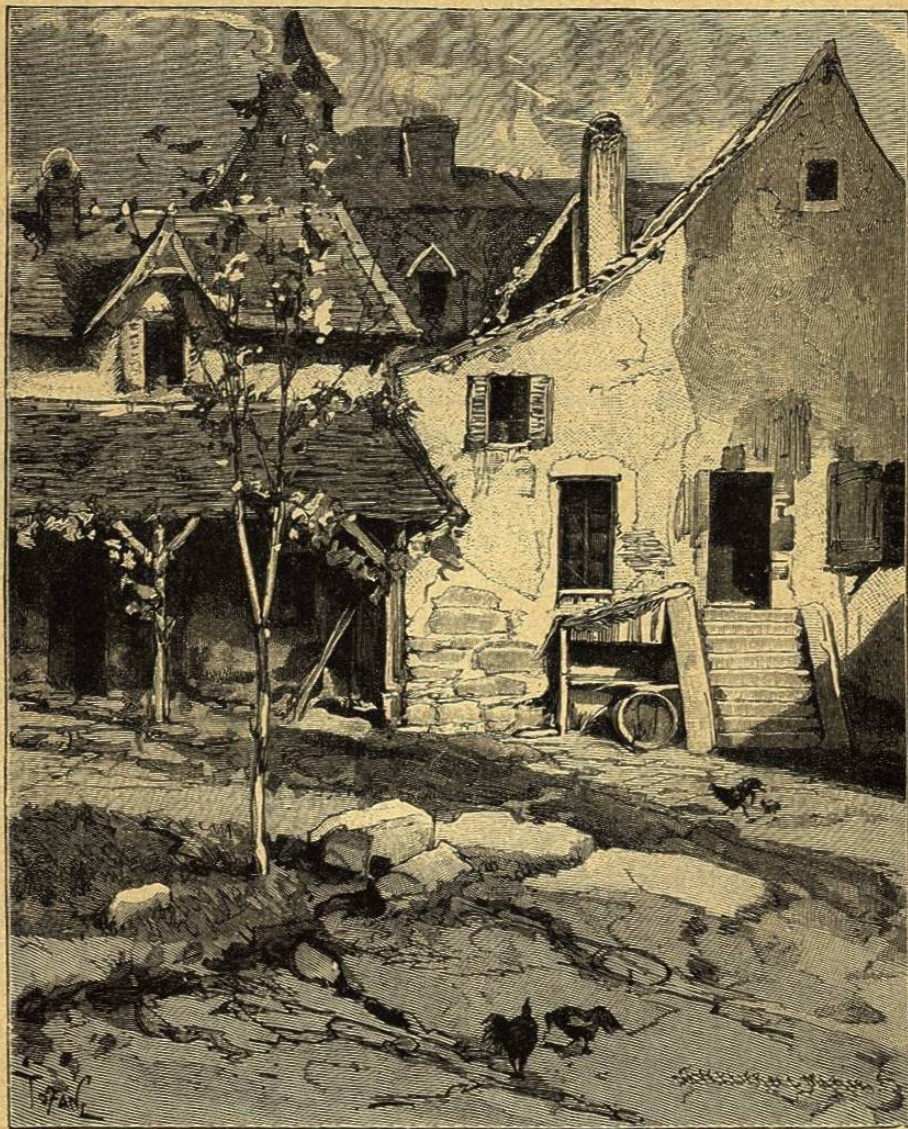
— Decidme ahora, Flor de María ¿ soy buen pintor ó no ? — preguntó Rodolfo sonriendo.

La Cantaora le miraba con una sorpresa mezclada de inquietud... Lo que contemplaba le parecía sobrenatural.

— ¿ Qué viene á ser esto, señor Rodolfo ?... ¡ Dios mío !... ¿ Estoy despierta ?... Casi tengo miedo... ¡ Cómo ! ¿ lo que me habéis dicho podría ser verdad ?



— Nada más sencillo, hija mía... La dueña de la quinta es mi nodriza, y yo me he criado aquí... La he escrito esta mañana muy temprano que vendría á verla... y todo es cierto.



¿ Qué viene á ser esto, señor Rodolfo ?

— ¡ Tenéis razón, señor Rodolfo ! — dijo la Cantaora dando un profundo suspiro.

## XII

## LA QUINTA

La quinta á donde Rodolfo condujo á Flor de María estaba situada á un extremo de la aldea de *Bouqueval*, pequeña parroquia solitaria, ignorada y metida en una quebrada á dos leguas de Ecouen. El coche bajó por el camino que había indicado Rodolfo, y siguió luego por la llanura entre hileras de cerezos y manzanos. Las ruedas giraban en silencio sobre el césped corto y fino que cubre generalmente los caminos vecinales.

Flor de María estaba callada y abatida, y Rodolfo casi se arrepintió de haber causado la impresión dolorosa que manifestaba su semblante.

El coche pasó por delante del corral de la quinta, atravesó un espeso olmedal y se paró delante de un pequeño pórtico de madera á la rústica, y medio oculto bajo un frondoso emparrado cuyas hojas empezaba á marchitar el otoño.

— Hemos llegado ya, Flor de María — dijo Rodolfo : — ¿ Estáis contenta ?

— Si estoy, señor Rodolfo... pero me parece que voy á tener vergüenza delante de la señora ; no me atreveré á mirarla...

— ¿ Por qué, hija mía ?

— Tenéis razón, señor Rodolfo... no me conoce.

Y la Cantaora reprimió un suspiro.

Se esperaba sin duda en la quinta la llegada de Rodolfo, porque al punto que el cochero bajó el estribo, se presentó en el pórtico y se adelantó hacia él con ademán respetuoso una mujer de fisonomía dulce y atractiva, de unos cincuenta años de edad y vestida como las arrendatarias ricas de las cercanías de París.

El rostro de la Cantaora se cubrió de un finísimo carmin ; después de un momento de duda bajó del coche.

— Buenos días, señora Adela, dijo Rodolfo á su arrendataria : no diréis que falto á mi palabra.

Y volviéndose al cochero le puso algún dinero en la mano, y le dijo :

— Puedes volverte á París.

El cochero era un hombre bajo y regordete, con el sombrero calado hasta los ojos, y la cara tapada casi enteramente por el cuello de un levitón forrado en grosera piel. Metió el dinero en el bolsillo, y sin decir una palabra subió al pescante, hizo resonar el látigo y desapareció al momento entre la arboleda.

Flor de María se acercó á Rodolfo inquieta y turbada, y le dijo en voz baja para que no pudiese oír la arrendataria :



— ¡ Dios mío ! qué habéis hecho, señor Rodolfo ? ¿ Habéis despedido el coche ?...

— Es claro.

— ¿ Y la Pelona ?

— ¡ Qué importa la Pelona !

— ¡ Ah !... tengo que volver á su casa esta noche... No hay remedio... por fuerza, señor Rodolfo... porque sino me tendría por una ladrona... Los vestidos que traigo son suyos... y la debo... perdonad...

— Tranquilizaos, hija mía ; yo soy quien debe pedir os perdón...

— Perdón !... ¿ de qué ?

— De no haberos dicho antes que no debéis nada á la hostelera, y que podéis quedaros aquí si es vuestra voluntad, y cambiar esos vestidos por otros que os dará la señora Adela. Es casi de vuestra misma talla y tendrá mucho gusto en prestároslos... Ya lo veis como empieza á hacer su papel de tía.

— La Cantaora creía estar soñando : miraba á Rodolfo y á la arrendataria sin comprender lo que pasaba.

— ¡ Cómo ! dijo con vez trémula y palpitante : ¿ no volveré más á París ?... ¿ puedo quedarme aquí ?... ¿ la señora... me permitirá ?... ¡ oh ! ¿ será posible ?... ¡ aquel hermoso sueño !...

— Aquí lo tenéis realizado.

— ¡ Oh, no ! no es posible... sería demasiada felicidad.

— La felicidad nunca puede ser demasiada, Flor de María...

— ¡ Ah ! señor Rodolfo, por piedad no me engaños... mirad que me hariais mucho mal.

— Creedme, amada niña — dijo Rodolfo con voz afectuosa, pero con un tono de dignidad que Flor de María no había notado en él hasta entonces : — os lo repito ; desde hoy podéis, si os place, hacer al lado de la señora Adela esa vida cuyo cuadro os ha cautivado tanto. Aunque la señora Adela no sea vuestra tía, os profesará el más tierno cariño ; pero podréis pasar por sobrina suya entre las personas de la quinta, y esta leve mentirilla hará más agradable vuestra situación... Os vuelvo á repetir, Flor de María, que haréis todo esto si os agrada. Luego que pongáis vuestro trajecito de aldeana — añadió Rodolfo sonriendo — os llevaremos á ver vuestra favorita la *Saltarina*, hermosa ternera blanca como la nieve, que está aguardando el collar que la tenéis prometido... También visitaremos á vuestros amigos los pichones y la lechería, y recorreremos toda la finca... deseo cumplir mi palabra.

Flor de María juntó las manos con vehemencia. La sorpresa, el gozo y la gratitud se pintaron en su extasiada fisonomía : sus ojos se arrasaron de lágrimas, y exclamó :

— ¡ Señor Rodolfo !... ¿ sois algún ángel del Señor, que así hacé bien á los

desgraciados sin conocerlos... y los libráis de la vergüenza y de la miseria ?...

— ¡ Pobre niña ! — repuso Rodolfo con una sonrisa melancólica de profunda é inefable bondad ; — aunque joven aún, he padecido mucho : he perdido una hija que tendría ahora vuestra edad... esto os explicará mi compasión hacia los que padecen... y por vos especialmente. Flor de María, ó más bien *María*, id con la señora Adela... Sí, *María*, conservad de hoy más este nombre, dulce y hermoso como vos. Antes de marcharme tendré que hablaros, y os dejaré contenta... porque os dejaré feliz y dichosa.

Flor de María no respondió ; hizo una inclinación doblando las rodillas, cogió la mano de Rodolfo, y antes que éste pudiese impedirlo la llevó respetuosamente á los labios con un movimiento lleno de gracia y de modestia, y luego siguió á la arrendataria, que la contemplaba con profundo interés.

## XIII

## MURPH Y RODOLFO

Rodolfo se dirigió al zaguán de la quinta, en donde halló al hombre alto que vestido de carbonero le había anunciado la vispera la llegada de Tomás Seyton y de Sara. Murph, que así se llamaba aquel personaje, tenía como unos cincuenta años de edad ; á cada lado de su cráneo, enteramente calvo, se elevaban ensortijados dos mechones de pelo rubio y canoso ; su rostro largo y encendido estaba completamente afeitado á excepción de unas pequeñas patillas color de fuego, que no pasaban del nivel de la oreja y se extendían en forma de media luna por la parte superior de sus redondos carrillos. Á pesar de su edad y su corpulencia, Murph era ágil y robusto, y en su fisonomía, aunque flemática, resaltaba á veces la benevolencia y la resolución. Llevaba una corbata blanca, un chaleco largo y un frac de faldones anchos que no le pasaban de las corvas, y su calzón verdegris era del mismo género que sus botines, que no alcanzaban hasta la hebilla. El traje y el aspecto viril de Murph representaban el perfecto tipo del caballero labrador inglés ; pero debemos declarar aquí que era inglés y caballero (*squire*), pero no labrador. En el momento en que Rodolfo llegó al zaguán, Murph metía un par de pistolas en la bolsa de la calesa.

— ¿ Á quién diablos vas á matar con esas pistolas ? le dijo Rodolfo.

— Esa es cuenta mía, monseñor, — replicó Murph retirando el pie del estribo.

— Haced vuestro negocio, que yo no descuido mi deber.

— ¿ Á qué hora has mandado venir los caballos ?

— Al anoecer, según vuestra orden.

— ¿ Has llegado esta mañana ?